



TRES CUENTOS
DE HANS CHRISTIAN
ANDERSEN

VERSIONES DE ALICIA SALVI

ILUSTRACIONES DE GUILLERMINA MARINO

 Lugar
Editorial

TRES CUENTOS DE
HANS CHRISTIAN ANDERSEN

Los tres saltarines 4

La maleta voladora 10

La pulga y el profesor 24



Los tres saltarines



había en el palacio real un magnífico salón donde una vez, la pulga, el saltamontes y el pelele se desafiaron para ver quién de ellos saltaba más alto. Eran tres magníficos saltarines los que se reunieron allí. Invitaron a todo el mundo a ver la competición. El rey, enterado del concurso dijo:

—Sí, daré la mano de mi hija al que salte más alto, porque es demasiado tonto saltar sin premio.

Empezó la pulga; tenía buenísimos modales y saludó a todos, porque llevaba dentro de sí sangre de señoritas y estaba acostumbrada a no tratar más que con seres humanos, y eso deja huella.

Después llegó el saltamontes, que era considerablemente más pesado, pero tenía bastante elegancia y llevaba un uniforme verde que usaba desde que nació. Decía que tenía una familia muy antigua en Egipto y que aquí estaba muy bien considerado. Lo habían sacado directamente del campo donde vivía y lo habían puesto dentro de una casa de tres pisos hecha con naipes, todos ellos adornados con figuras y con el lado de color hacia adentro. Había puertas y ventanas recortadas en el cuerpo de la reina de corazones.

—Canto tan bien —dijo—, que dieciséis grillos nativos que silban desde pequeños y que aún no han conseguido tener su propia casa de naipes,



se quedaron tan contrariados al escucharme que quedaron aún más flacos de lo que eran.

Los que estaban en aquel salón notaron que los dos, la pulga y el saltamontes, explicaron muy bien quiénes eran y que eran suficientemente importantes para casarse con una princesa.

El pelele no decía nada, aunque la gente afirmaba que era porque pensaba mucho y hablaba poco. Cuando el perro de la corte lo olfateó tuvo la opinión de que debía ser de buena familia.

El anciano consejero, que había ganado tres medallas por estarse calladito, aseguró que sabía de buena tinta que el pelele tenía poderes para pronosticar el clima. Tocando su espalda se sabía si iba a hacer poco o mucho viento, algo que no se ve ni siquiera en la espalda del que escribe el almanaque.

–Bueno, yo no digo nada de ninguno –dijo el rey–, pero lo estoy pensando.

Había, por fin, que saltar. La pulga saltó tan alto que nadie pudo verla, de modo que decidieron que ni siquiera había saltado, y eso estuvo muy mal. El saltamontes saltó la mitad de la altura que saltó la pulga, pero nadie se dio cuenta porque no habían podido medir su salto. Al bajar, le cayó al rey en la cara, y el rey dijo que era asqueroso. El pelele estuvo sentado un buen rato meditando, y llegaron a pensar que no saltaría.

–¡Con tal que no esté enfermo! –dijo el perro de la corte, y volvió a olfatearlo.



La maleta voladora



abía una vez un comerciante tan rico pero tan rico que habría podido empedrar toda la calle con monedas de plata, y casi una carretera pequeña entera. Pero no lo hacía; sabía darle otros usos a su dinero, y si gastaba un chelín ganaba cien. Excelente comerciante era. Y un día se murió. El hijo recibió entonces todo el dinero, y vivía alegremente.

Casi todas las noches iba a bailes de máscaras, se hacía disfraces de papel con los billetes y arrojaba monedas de oro al mar como quien tira piedras. Parece que quería ir gastando todo el dinero poco a poco. Y eso fue lo que pasó. Al final no le quedaron más que cuatro chelines, y no tenía más ropas que un par de zapatillas y una bata vieja.

Sus amigos dejaron de interesarse por él porque ya no podían salir juntos a la calle, pero uno de ellos, que era bueno y tuvo pena de él, le envió una maleta vieja diciendo: «¡Haz las maletas!».

Habría estado muy bien hacerlas e ir a buscar fortuna por el mundo, pero no tenía nada que meter en la maleta, así que se metió él mismo.

Era una maleta muy rara: en cuanto se apretaba el cierre, volaba. Y eso sucedió: salió volando por la chimenea, subió hasta las nubes, cada vez más alto. El fondo crujía y el buen hombre tenía miedo de que se hiciera pedazos, porque dio una buena voltereta en el aire.



La pulga y el profesor

Había una vez un aeronauta al que se le rompió el globo y cayó a tierra. Quedó muy lastimado. Dos minutos antes de caer había lanzado a su hijo en paracaídas, lo que fue una gran suerte para el muchacho, que resultó ileso y aunque sabía más que suficiente para convertirse en aeronauta, no tenía su propio globo ni dinero para comprarse uno.

Este joven tenía que ganarse la vida y decidió dedicarse al arte: sabía hablar con el estómago sin que se note cómo se mueven los labios. A eso le llaman ser ventrílocuo. Era joven y apuesto y, cuando se dejó el bigote y se compró ropa elegante, se lo podía tomar por el hijo de un conde. Practicó su arte en ciudades y países lejanos donde las damas lo seguían encantadas por su figura y modales. Y una de ellas logró conquistarlo. Se hacía llamar profesor, y no era para menos, tan imponente era su presencia. Su idea fija era conseguir un globo aerostático e irse por el aire con su joven esposa pero no tenían recursos suficientes para hacerlo.

–¡Ya tendremos suficiente dinero! –decía él.

–¡Ojalá sea así! –decía ella.





Tres cuentos que después de casi doscientos años mantienen su frescura. Aquí asistiremos a una especial competencia de salto en alto de la pulga, el saltamontes y el pelele. Una aventura en valija voladora y una princesa que espera. Las peripecias de una pulga amaestrada y su dueño. Todo con humor, leve ironía e imaginación libre. Con los recursos poéticos que le son propios, con sus insectos que hablan, Andersen convoca a ollas, fósforos y baldes que conversan y mientras discuten su pequeño mundo nos hacen pensar en el nuestro.

 **Lugar**
Editorial

ISBN 978-950-892-493-3



9 789508 924933